

LA GESTIÓN DE LA COTIDIANEIDAD EN PUEBLOS INDÍGENAS MIGRANTES. LA ETNIA QOM DEL CHACO (ARGENTINA)

Graciela B. Guarino^I
Paola V. Barrios^{II}

Recibido: 30/04/2019

Aceptado: 15/04/2020

RESUMEN

Nuestro objetivo es analizar la articulación del proceso migratorio, la etnicidad y la intervención estatal en las reconfiguraciones del espacio doméstico que habitan familias indígenas de la etnia Qom en la provincia del Chaco (Argentina). En la actualidad muchas de ellas residen en barrios periurbanos, como destino de una migración iniciada décadas atrás desde el hábitat rural. Nos interesa indagar las trayectorias residenciales y las modificaciones que cada mudanza provocó en el ámbito de la vida cotidiana familiar. En este sentido la perspectiva de las mujeres Qom es un referente para la información por cuanto son las depositarias de la organización doméstica.

La estrategia metodológica fue documental, bibliográfica y etnográfica, esta última realizada sobre una reserva indígena del interior de la provincia del Chaco (Argentina) y dos barrios periurbanos, Mapic de Resistencia, y Cacique Pelayo de Fontana.

Palabras clave: Espacio doméstico - etnicidad - migraciones - trayectorias - Estado

A GESTÃO DA VIDA COTIDIANA EM MIGRANTES INDÍGENAS. A ETNIA QOM DO CHACO (ARGENTINA)

RESUMO

Nosso objetivo é analisar a articulação do processo migratório, a etnicidade e a intervenção estatal nas reconfigurações do espaço doméstico de famílias indígenas da etnia Qom na província do Chaco (Argentina). Na atualidade muitas delas residem em bairros da periferia das cidades, como destino de migrações iniciadas décadas atrás desde o habitat rural. Interessa-nos indagar as trajetórias residenciais e as modificações que cada mudança provocou no âmbito da vida cotidiana

^I Instituto de Historia. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional del Nordeste - Argentina - graciela guarino@hotmail.com

^{II} Instituto de Historia. Facultad de Humanidades. Universidad Nacional del Nordeste - Argentina - paolav_barrios@hotmail.com

familiar. Neste sentido, a perspectiva das mulheres Qom é uma referência para a informação já que são elas as depositárias da organização doméstica.

A estratégia metodológica foi documental, bibliográfica e etnográfica, esta última realizada sobre uma reserva indígena do interior da província do Chaco (Argentina) e dois bairros da periferia da cidade, Mapiç de Resistencia, e Cacique Pelayo de Fontana.

Palavras-chave: Espaço doméstico - etnicidade - migrações – trajetórias - estado

THE MANAGEMENT OF EVERYDAY LIFE IN MIGRANT INDIGENOUS PEOPLES. ETHNIC QOM OF CHACO (ARGENTINA)

ABSTRACT

Our objective is to analyze the articulation of the migratory process, ethnicity and state intervention in the reconfigurations of the domestic space inhabited by Qom families, which are indigenous populations of the province of Chaco (Argentina). Many of them currently reside in peri-urban areas, as a destination for a migration initiated decades before from their rural habitat. We are interested in investigating the residential trajectories and the changes caused in family daily life. The perspective of Qom women, in this regard, is a reference for information as they are the repositories of the domestic organization.

The methodological strategy was documentary, bibliographic and ethnographic, the latter carried out on an indigenous reserve in the interior of the province of Chaco (Argentina) and two peri-urban neighborhoods, Mapiç, in Resistencia, and Cacique Pelayo, in Fontana.

Key words: Domestic space - ethnicity - migration - trajectory - State

INTRODUCCIÓN

Los indígenas Qom son habitantes milenarios de la región del Chaco austral y central, extenso territorio que comprende las actuales provincias argentinas de Chaco, Formosa, norte de Santa Fe, este de Salta y Santiago del Estero. El término Qom es un etnónimo que los identifica como miembros de una misma cultura y hablantes de la lengua *qom laqtaq*, esta palabra funciona también como una categoría de oposición al mundo “no indígena” (Tola, 2010). Por afinidades lingüísticas pertenecen a la familia Guaycurú muy extendida en la región chaqueña y también integrada por los Abipón, los Pilagá, los Payaguá, y los Mbayá (Métraux, 1996).

La palabra “toba” de uso generalizado para reconocerlos, es de origen guaraní y significa “aquellos que poseen la frente grande”, tenía un sentido despectivo y aludía a la costumbre de rasurarse desde las cejas hasta la mitad del cráneo (Censabella, 2009).

Su tradicional ethos cazador-recolector articuló un estilo de vida errante profundamente consustanciado con la naturaleza del monte, sus recursos y espíritus protectores. La base de su organización era la banda o grupos de familias emparentadas, subordinadas a la autoridad de un jefe y con residencia matrilocal. Este modelo demográfico que tenía en el reconocimiento parental

su factor aglutinante recibe el nombre de “familia extensa” (Braunstein, 1983). Las bandas se movilizaban sobre el territorio, “reuniéndose en unidades sociales más grandes para celebrar la estación de la algarroba, y cuando los cardúmenes de peces remontaban los ríos” (Miller, 1979).

A fines del siglo XVI y principios del XVII, los toba/Qom dominaron el caballo, una destreza que modificó importantes aspectos económicos y sociales. Sus hábiles jinetes recorrían mayores extensiones territoriales, consolidando su fama de guerreros, tomando cautivos y ganados de las estancias coloniales fronterizas. Este modelo de vida ecuestre impuso un orden social militarizado cuya jerarquía se alineaba en nobles, soldados y cautivos (Cordeu y Siffredi, 1971).

La conquista y colonización española sobre América no logró sus objetivos en el Gran Chaco, en parte por la consistente resistencia de los pueblos indígenas que lo habitaban, entre ellos los aguerridos Qom. Aunque hubo iniciativas planificadas para integrarlos al trabajo agrícola y forestal a través de las misiones religiosas y reducciones, no se mantuvieron en el tiempo. Recién a principios del siglo XX el éxito de las tropas del Ejército Nacional permitió que se incorporaran territorios y comunidades nativas a los dominios de la Argentina.

Desde esos tiempos y hasta la actualidad los Qom transitan profundos cambios culturales en sus estructuras sociales y también en aquellos aspectos propios de la vida cotidiana, registrados por una importante bibliografía (Miller, 1979; Gordillo, 2005; Hirsch, 2008; Tamagno, 2001; Vázquez, 2000). Ya no viven en el monte, tienen residencia permanente en lotes rurales o en barrios periurbanos, sus formas de subsistencia tradicionales casi no existen, la familia nuclear (pareja y sus hijos solteros) predomina sobre la familia extensa, adoptaron los cultos evangélicos, aprendieron el castellano.

Monte, lote rural y finalmente asentamiento periurbano son los trayectos que marcaron su derrotero migratorio, y en cada uno el colectivo étnico debió realizar ajustes socio-culturales. Para comprender estas variaciones hay que considerar el contexto histórico donde se insertan las relaciones de estas sociedades indígenas del Chaco con la cultura colonial. Su agrupamiento tradicional en bandas nómades organizadas sobre el parentesco se modificó en el curso de la conquista y colonización del Chaco, con tendencia a la formación de aldeas cada vez más permanentes (Braunstein, 1983).

Nuestro objetivo es analizar cómo se articulan en ese proceso migratorio, la etnicidad y la intervención estatal para lograr reconfiguraciones del espacio doméstico que habitan familias Qom del cinturón periurbano chaqueño. Porque entendemos que los cambios en el entorno no son sólo cambios en la distribución del espacio sino son indicadores de un proceso que incide en la organización de la vida cotidiana, las relaciones sociales, y por lo tanto en la representación colectiva del mismo.

El ámbito doméstico y todas las funciones relacionadas con la organización familiar fueron consideradas como tareas exclusivas de las mujeres indígenas, según encontramos en las fuentes e informes de viajeros, funcionarios y etnógrafos que mantuvieron contacto con las poblaciones del territorio chaqueño (Métraux, 1996). Desde la época de los jesuitas, las informaciones sobre las mujeres indígenas generaron imágenes polarizadas que resaltaban algún carácter o rasgo de sus

actividades, pero todas se expresaban en la vida cotidiana y en el ámbito familiar (Niklison, 1990; Paucke, 1943).

Esas caracterizaciones como siervas matrimoniales, o resignadas bestias de carga, agresivas Amazonas o portadoras de una sensualidad estimada (Gómez, 2010), apuntaban a adscribir el mundo femenino a un espacio delimitado, el doméstico o residencial y familiar, tanto como a un tiempo regular y rutinario, el tiempo cotidiano. Caracterizaciones que respondían a las perspectivas andro y etnocéntrica que delinearón el modelo de vida para sociedades cazadoras-recolectoras, como la etnia Qom en el pasado. Es decir, los varones proveyendo el alimento y la seguridad colectiva, y las mujeres biológicamente reproductoras, pasivamente recolectoras y transmisoras de tradiciones.

Los procesos históricos que mencionamos reforzaron la representación de la mujer indígena como cuidadora de la casa, de los hijos y de las relaciones familiares, en consonancia con estereotipos occidentales que consagraban la presencia femenina en lo doméstico. Además, resultó funcional para consolidar la dominación sobre las etnias nómades del Chaco, forzarlas hacia una residencia familiar delimitada en las reservas indígenas o en los lotes periurbanos.

Exponemos en este trabajo, como línea argumental para el análisis, que el espacio doméstico en etnias migrantes revela aspectos de la lógica social sobre el quehacer cotidiano y el tiempo del vivir. Se trata de un lugar construido para las relaciones interpersonales, de transmisión de prácticas y valores colectivos e íntimamente relacionado a diferentes acciones reproductivas, la biológica (procreación, alimentación, salud), la de la fuerza de trabajo (actividades de subsistencia y reposición cotidiana de los miembros) y la social (aprendizajes) (Jelin, 1984).

Nuestras herramientas metodológicas fueron de orden documental y bibliográfico, como primera instancia de abordaje para componer el vínculo del Estado con la cuestión indígena, desde una perspectiva histórica, y en particular con la etnia Qom en el territorio del Chaco. Para el relevamiento empírico realizamos el trabajo etnográfico en áreas diferenciadas estructuralmente, la colonia rural Lote 15 del Departamento Maipú durante las campañas 2008 a 2010; y dos periurbanas, el barrio Mapic de Resistencia (2003-2006; 2013-2015) y Cacique Pelayo de la ciudad de Fontana, durante el año 2016. La Figura 1 muestra la ubicación de dichas áreas. Las entrevistas con mujeres Qom estuvieron dirigidas a registrar las trayectorias residenciales y conocer, desde sus perspectivas, los impactos de las mudanzas en la vida cotidiana familiar.

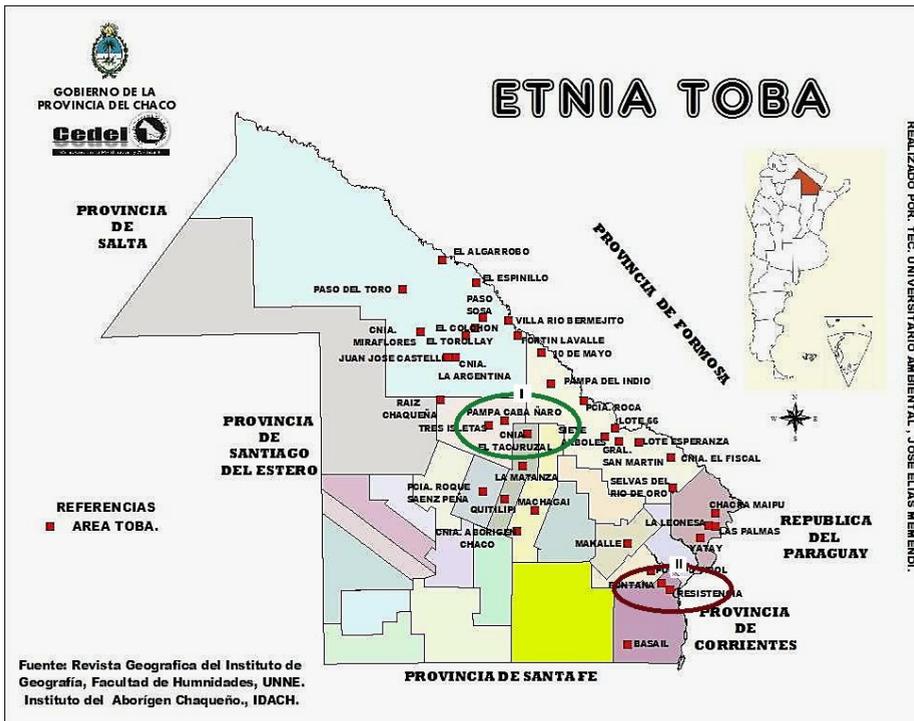


Figura 1. Localización de áreas de estudio. Referencias: I Área rural, II Área periurbana. (Modificado de J. Memendi, 2010, p. 27).

UNA MIRADA SOBRE EL ESPACIO DOMÉSTICO

La vida cotidiana comprende aquellas actividades reiterativas y periódicas que realizamos las personas en lugares de uso familiar, constituyente del espacio privado, y pensado como propio de las mujeres. El espacio doméstico, es el de la casa, es el ámbito de las actividades cotidianas y por ello inexorablemente unido a la alimentación, bienestar, salud, higiene (González Marcén, Montón Subías y Picazo Gurina, 2005). Esta perspectiva androcéntrica que rige los espacios convirtió a la casa en el eje de lo doméstico, en clara oposición a lo público, y a la mujer como responsable del desarrollo de la cotidianidad, ante el mundo masculino de la política, la historia y lo trascendente. Montón Subías (2000) opina que este antagonismo produjo una devaluación histórica y social del rol de las mujeres:

Aunque ambos espacios han recibido carácter de universalidad, la cualidad asignada a lo que ocurría en el espacio doméstico lo ha convertido en irrelevante para el estudio de la dinámica social, con lo que la mayoría de las actividades asociadas a las mujeres han sido despreciadas, ha quedado sin espacio en las interpretaciones sociales (p. 45).

Sin embargo, podríamos ponderar el valor social del espacio doméstico si comprendemos que tras su articulación con la rutina y la regularidad se desarrollan una red de relaciones sociales, de prácticas y condiciones materiales que aseguran la cotidianidad y sostienen el entramado

colectivo. Por eso asignamos al espacio doméstico un rol fundamental en la gestión de la cotidianidad, en tanto reúne no sólo la calidad de territorio vivido y habitado sino también del tiempo, regular, estable y repetitivo. Las actividades que comprenden la alimentación, bienestar, ocio, salud o descanso, propias de ese campo, imprimen en él dimensiones espaciales y temporales diferentes a las que utilizamos en el espacio público (Alarcón García, 2010).

Sobre estas consideraciones abordamos al espacio doméstico en el sentido de ser esfera de acción social, dominio de la cultura e institucionalizado como lo expresa Roberto DaMatta en su obra “A casa e a Rúa” (1997). Es decir que es un ámbito definido y apropiado según prácticas y valores personales, familiares y sociales. El espacio doméstico expresa la lógica social de cómo ordenar, jerarquizar y distribuir los objetos, las relaciones interpersonales y los tiempos del vivir. Es el dominio del tiempo repetitivo, rutinario, normal, del descanso, es un tiempo personal y familiar. En este espacio es donde se activan las nociones culturales de género mediadas en el cotidiano hacer de las cosas, prácticas y conocimientos ligados a la cosmovisión y también a la construcción social de los roles. Concedemos al espacio doméstico la categoría de sistema de comunicación simbólica, cuyas significaciones no son inherentes a la organización, sino que accedemos a ellas por las acciones y relaciones entre los sujetos que viven en él (Soto Villagrán 2003).

Otro concepto central en nuestra investigación es el de “trayectorias residenciales de las comunidades Qom”, porque nos interesa registrar en los diferentes sitios que habitaron, los impactos socio-culturales que se imprimieron en el espacio doméstico. Las trayectorias residenciales de los pueblos indígenas del Chaco están asociadas a la colonización, a coyunturas económicas y a políticas públicas de integración cultural y territorial. Una vez finalizada la conquista militar del Territorio Nacional del Chaco en la primera década del siglo XX, el Estado nacional se abocó a la incorporación de tierras y de las poblaciones indígenas que la habitaban al proyecto de país agro-exportador (Consejo Agrario Nacional, 1945).

Para abordar las trayectorias residenciales tomamos en cuenta tanto la situación de etnicidad como la migración. Cuestiones que adscriben al pueblo Qom a una posición particular en el espacio social envolvente dado que se trata de una posición subalterna, donde ellos no eligen las formas de articulación. Entendemos que la etnicidad es una modalidad de acción colectiva que construyen los grupos culturales diferentes de una sociedad, para interactuar. Lo que caracteriza esta situación de interacción es que se da en el marco de relaciones asimétricas, donde un grupo es mayoritario y el otro constituye una minoría étnica (Ringuelet, 1992).

Esta idea de etnicidad si bien implica las historicidades de los grupos en interacción, no congela el contenido material, por el contrario, en las diferentes situaciones de interacción se reactualizan y/o producen nuevas conceptualizaciones de la otredad según los contextos. Briones y Siffredi (1989) remarcan la materialidad de lo étnico y la historicidad como componentes de la etnicidad, sin que esto signifique esencializar las prácticas culturales. Con su propuesta reclaman explicar cómo y por qué al interior de comunidades políticas hegemónicas se perpetúa la distintividad, por ello lo que interesa identificar son las transformaciones en las condiciones de reproducción de esos colectivos diferenciados, en el interjuego de relaciones sociales (Briones, 1998).

Hacia el primer trayecto: monte-lote rural

De acuerdo a las caracterizaciones presentadas en fuentes etnohistóricas (Jolí, 1972; Paucke, 1943; Fontana, 1977) y las primeras etnografías en la región (Métraux, 1996; Miller, 1979; Palavecino, 1948), antes de la conquista territorial definitiva del Chaco las familias indígenas de la etnia Qom tenían un modo de vida cazador-recolector, con movilidad sostenida por las relaciones de parentesco de las bandas matrilocales, una organización social simple, con jerarquizaciones básicas derivadas de la diferenciación de roles entre varones y mujeres y el liderazgo carismático.

Elmer Miller (1979) nos informa que las actividades de caza, pesca y recolección de miel eran masculinas, y la recolección de vainas de algarrobo, chañar, otros frutos y tubérculos correspondía a las mujeres. Estas también eran excelentes alfareras y tejedoras de bolsas de lana y fibras vegetales. El shamanismo toba tenía un importante rol mediador entre los hombres y la naturaleza, el *pi'oxonaq* y su análogo femenino la *pi'oxonaxa* podían utilizar sus poderes para curar o dañar.

Los nuevos escenarios construidos para ejecutar el proceso de cambio cultural de las poblaciones indígenas (chacras, reducciones, misiones), desarticulaban los tradicionales espacios vitales, colectivos y ancestrales del tiempo de caza, pesca y recolección. Modificaron las estructuras de poder de las comunidades, y las redes de sus relaciones sociales, las bandas, y sus alianzas extendidas, las tribus. Semejantes transformaciones del modo de vida de los aborígenes del Chaco, tenían en la base de su implementación nuevas formas de distribución de la tierra y localización residencial de los grupos familiares en lotes, de dimensiones parcelarias acotadas. En el esquema de producción agropecuaria (chacras) e industrial (obrajes) al que eran incorporados como mano de obra, el nomadismo y la representación del hábitat extendido a toda la región, típica de los cazadores recolectores, eran incompatibles (Guarino, 2015).

El espacio habitado fue reconfigurado según otros patrones de asentamiento, muy diferentes del que tenían las familias en sus tolderías y cazaderos. Terminada la conquista militar del Chaco a principios del siglo XX, el Estado nacional fortaleció la colonización pública o privada sobre los territorios indígenas y autorizó la creación de misiones a cargo de órdenes religiosas (Nueva Pompeya en el año 1900), reducciones administradas por funcionarios (Napalpi en 1911) y colonias rurales (Lote 15 en 1971), todo sobre una concepción utilitaria y hegemónica de la vida (Consejo Agrario Nacional, 1945; Guarino, 2015).

Como modelo de asentamiento para la etapa post-conquista tomamos la colonia rural Lote 15 ubicada a 15 km. al noreste de la ciudad cabecera del Departamento Maipú, Tres Isletas.

La colonia comenzó a ser habitada después de 1940 por iniciativa de un grupo de caciques o 'ancianos', que se movilizaban con su banda. (...) Este primer movimiento poblacional se puede registrar hasta 1970, siguiendo los datos que el Instituto de Colonización¹, jurisdicción de la ciudad de Tres Isletas posee en los informes catastrales. Cuarenta y cinco familias Qom se radicaron en el lugar oriundas de localidades vecinas como Machagai, La Tambora, Roque Sáenz Peña, Fortín Lavalle, el Espinillo y otras zonas cercanas al río Bermejo (Guarino, 2009, p. 107).

Las tierras de la colonia fueron aglutinadas como reserva indígena en 1971, según consta en el Decreto Provincial N° 188. De allí en adelante cada familia fortaleció la percepción ancestral de pertenencia al territorio con el documento escrito oficial que refrendaba su derecho a la propiedad. Para la configuración y distribución de los lotes en la reserva, el Estado provincial tuvo en cuenta la residencia que acreditaban testimonialmente los vecinos, hacia la fecha del decreto de creación, es decir 1971. Por ello, pese a ser reserva indígena, quedaron dentro del territorio algunas familias criollas por derecho de residencia superior a 20 años. Los lotes varían sus dimensiones entre 10 a 100 ha. por familia, considerando la composición extensiva que tiene ésta entre los Qom.

Durante los años 2008 a 2010 realizamos trabajos de campo en esta colonia registrando los modos de producción, distribución de la tierra y las relaciones con la ciudad. Utilizamos como guía y referente de comparación los datos que constan en dos informes públicos, uno proveniente del Consejo Federal de Inversiones² y el otro del Instituto de Colonización de la provincia del Chaco. El primero de ellos fue producido por la Dra. Esther Hermitte y su equipo de técnicos y antropólogos, en los años 70, luego publicado bajo el nombre de “Estudio sobre la situación de los aborígenes de la provincia del Chaco” (1995). Los diagramas que allí constan sobre el espacio doméstico de cada familia coinciden con nuestros relevamientos tanto en lo que respecta a la organización como a los usos del espacio doméstico. Decían los etnógrafos en aquel momento:

...el espacio reservado por lo aborígenes para su entorno es una superficie aproximadamente circular, de un diámetro que oscila entre 10 y 50 metros Desprovista totalmente de pasto. En general, tampoco existen árboles que protejan el espacio... Los otros elementos que supone su entorno doméstico son, en orden de recurrencia: el pozo de agua, el horno, el gallinero, el chiquero para ovejas o chanchos y el corral para caballos y/o vacas. El aljibe sólo se encuentra excepcionalmente. Dentro de las funciones específicas del entorno, se tienen las de estar, de vivir, de comer y cocinar... Dentro de las funciones complementarias se pueden detectar: el lugar de juego para los chicos, cría de aves de corral, producción de frutas y verduras, guardadero de ganado menor y encierro de ganado mayor (Hermitte, 1995, p.56).

Adjuntamos el plano diseñado por Esther Hermitte y su equipo en 1970 (Figura 2) junto a las fotografías de nuestros trabajos de campo (Figura 3) para ilustrar los elementos del espacio doméstico y comprobar que aún se conservan.

El otro informe que utilizamos resulta de una Inspección del Instituto de Colonización realizada en 1976 con el objeto de registrar la antigüedad de ocupación y las posesiones o mejoras de los pobladores. Del documento que se presentó para aquella ocasión podemos conocer que en el 80% de los casos las familias poseían como vivienda el modelo “rancho”³ es decir dos habitaciones cerradas, construidas con paredes de barro y palo a pique, techo de tejas de palma y piso natural. Las dimensiones eran aproximadamente de 5 x 4 m, y serían destinadas a dormitorio. Una galería-cocina de 3,50 x 3 m semicerrada de idéntica construcción. El total destinado al espacio doméstico era de una hectárea, conteniendo también árboles frutales (pocos, no más de tres a seis) y de sombra, con espacios semicerrados para depósito de herramientas y semillas, horno y gallineros.

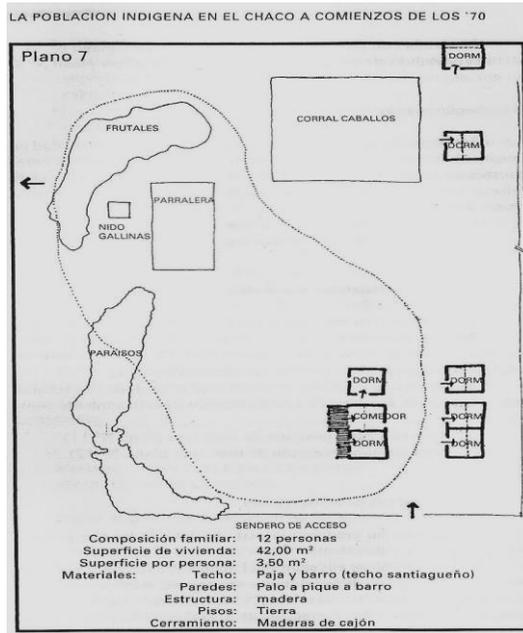


Figura 2. Lote rural del paraje Lote 15 (Chaco-Argentina). Tomado de Hermitte (1995).

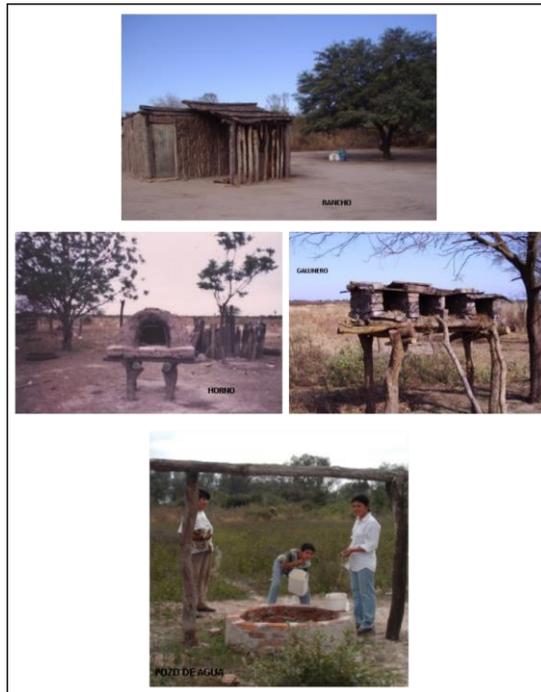


Figura 3. Elementos del espacio doméstico observados en el trabajo de campo. Fuente: colección de las autoras.

Hacia 1970, en general la familia se encargaba de levantar su propia producción de algodón o bien se empleaban como mano de obra asalariada en las propiedades de criollos. Cuando las madres indígenas salían a cosechar encargaban a las abuelas el cuidado de los menores, las hamacas de caragatá (fibra vegetal) o de telas de algodón eran muy apreciadas para mecer a los niños recién nacidos, mientras ellas se dedicaban a las tareas de cocina.

Cuarenta años después, y en el marco de nuestros registros etnográficos observamos coincidencias en la distribución del lote, las superficies ocupadas y prácticas asociadas a la vida cotidiana y las relaciones familiares. Identificamos la unidad doméstica de producción y parentesco, representada por los padres, sus hijos solteros y las nuevas familias formadas por los hijos e hijas.

En la etapa de ruralización de las comunidades Qom, el espacio doméstico tiene dos zonas claramente definidas, el área de ambientes y una mayor superficie abierta, sin edificar, que los rodea. Son los patios de suelo descubierto o lugares de encuentros sociales, parentales, juegos de niños, relatos de ancianos, y también habitado por animales domésticos. Estas dimensiones se irán subdividiendo para las nuevas familias de los hijos e hijas, que replicarán el diseño del espacio doméstico siguiendo las pautas de ambientes cerrados (dormitorio) y abiertos para comer y cocinar.

Respecto a la distribución de los ambientes, se identifican tres tipos de superficies: ambiente cerrado compuesto por techo y paredes y el ambiente abierto que posee sólo techo y una o ninguna pared, utilizado para reuniones familiares o de tiempo libre. El área de dormitorio ocupa los espacios cerrados, y las actividades de cocinar y comer los espacios abiertos o semicerrados.

El Trayecto a la ciudad: primero el asentamiento luego el barrio: Cacique Pelayo y Barrio Mapic

La presencia de indígenas en la ciudad de Resistencia y sus alrededores no es nueva ni es un fenómeno aislado, data de la década de 1940 y puede ser considerado dentro de las migraciones rurales que se registraron también en otras ciudades chaqueñas. Pero el perfil de centro de servicios que fue adquiriendo Resistencia, signada como capital territorial primero y luego provincial, generó una atracción mayor sobre las expectativas de las poblaciones del interior, afectadas por crisis económicas, mecanización de tareas agrícolas y su exclusión de las políticas de distribución de la tierra pública.

Tanto el Barrio Mapic de Resistencia, como el Cacique Pelayo de la ciudad de Fontana espejan con claridad este proceso. Ambos sitios surgieron como asentamientos espontáneos de grupos Qom, migrantes de otras localidades del interior provincial. Las motivaciones que los guiaban eran laborales y para mejorar sus condiciones materiales de existencia. Los relatos que obtuvimos sobre el momento fundacional de estos asentamientos nos ubican en la década de 1960. Es una época marcada por las contradicciones, dado que las políticas indigenistas de los gobiernos provinciales de ese tiempo promovieron la radicación rural, entregando títulos de propiedad, implementos agrícolas y descentralizando la asistencia a las comunidades con oficinas públicas instaladas en el interior del territorio.

No obstante, el modelo de monocultivo (algodón) que se motorizaba no era sustentable ni apreciado culturalmente por las etnias chaqueñas. Pronto los jóvenes, con alguna experiencia laboral de asalariado rural, se aventuraron hacia las márgenes de los centros urbanos que inspiraban la esperanza de mejores condiciones de subsistencia.

El Barrio Mapic, es un espacio residencial de vecinos indígenas y criollos ubicado a unos 5 km del centro comercial de la ciudad de Resistencia, capital de la provincia del Chaco. El asentamiento estaba rodeado de vegetación arbórea, especialmente de Mapic, que en lengua Qom significa algarrobo. Este hecho dio el nombre al barrio, llamativamente reconocido como “barrio” aunque no tenía las condiciones urbanísticas para serlo. No había servicios básicos, ni calles trazadas, ni espacios públicos y los lotes familiares se reconocían apenas por una divisoria de plantas o extendido de alambres entre ellos.

En el Barrio Mapic, cada familia poseía un espacio de aproximadamente de 20 x 50 m, estimación que hicimos en función de los datos obtenidos de organismos públicos, como del Instituto Provincial de Desarrollo urbano y vivienda del Chaco y de la municipalidad de Resistencia. Con el aumento de los miembros familiares, estos lotes se subdividieron, y siguiendo la línea de residencia matrilocal tradicional cobijaron a las nuevas familias de las hijas mujeres.

Esta mudanza hacia la ciudad implicó ajustes en la organización y ocupación de los espacios residenciales, sus dimensiones se redujeron y la vecindad se hizo más cercana. No obstante, las mujeres Qom fueron acomodando sus prácticas domésticas a la superficie que ocupaban, intentando que el nuevo ordenamiento no afectara las relaciones interpersonales y las costumbres familiares. En cada terreno se replicó el espacio cerrado de la vivienda-rancho, el semicerrado o abierto solo con techo sostenido por horcones destinado a las reuniones familiares. El patio circundante, aunque reducido, continuó teniendo la función convocante para el ocio, la distensión familiar, la cocina, la práctica de la comida colectiva, y la transmisión oral de saberes para los niños y jóvenes que los adultos hacían en torno de los fogones.

R.G. es una mujer Qom de 70 años de edad, que integró el primer grupo de familias migrantes instaladas en el barrio Mapic. Ella nos relató con emotividad las dificultades que debieron afrontar:

Casi todos éramos parientes cuando llegamos acá, y los hijos eran chicos. Todavía había mucho monte, y de a poco levantamos los ranchos. Comíamos todos juntos, hacíamos la comida bajo el árbol Mapic en una gran olla que nos consiguió la Cruz Roja. Por las noches estaba el fogón y los abuelos narraban sobre tiempos lejanos. (Entrevista realizada el 18/07/2006).

En esos primeros tiempos eran apenas sólo siete u ocho familias Qom, que pudieron enfrentar las carencias más básicas por la solidaridad de sus esfuerzos y el acompañamiento de la Cruz Roja que los asistía con alimentos. Para sobrevivir confeccionaban objetos en arcilla y fibras vegetales, como la totora o la palma, y hacían algunas pocas changas⁴ (Guarino, 2006). El lugar de trabajo era también el patio, donde construían hornos de ladrillos para la cocción de las artesanías y disponían chapas o maderas para secar las hojas recolectadas destinadas a ser canastos o esteras.

E.S. tiene 54 años de edad, se casó viviendo ya en el Barrio Mapic con un varón mestizo (padre criollo de origen paraguayo y madre indígena) y tuvieron cuatro hijos. Nos explicó cómo y por qué se mantienen estrechas solidaridades entre los vecinos:

Al principio todo fue muy difícil, no había trabajo, ni agua, y apenas sabíamos el castellano. Mujeres y varones aprendieron a hacer artesanías y cestería. Cortaban la totora de las lagunas cercanas, y la dejaban secar sobre el piso de tierra del patio de la casa, luego hacían canastos para vender. Todo se compartía. Los varones hacían changas, trabajos temporales en cualquier parte. Las mujeres cuidaban a sus niños, cocinaban y hacían cestería. Nos conocíamos y ayudábamos. Las hijas cuando se casaban hacían su rancho en el lote de la familia, y seguíamos cocinando en el patio sobre el fogón. Nos gusta la comida hecha sobre el fuego a leña, tiene otro sabor y además la compartimos. (Entrevista realizada el 25/10/2014).

El otro asentamiento donde realizamos relevamiento etnográfico fue el Barrio Cacique Pelayo de la ciudad de Fontana, comunidad que adoptó este nombre porque los primeros pobladores indígenas pertenecían a la familia extensa de dicho Cacique.

La ciudad de Fontana dista cinco Km de la capital provincial, y desde 1916 cuando los hermanos Pedro y Fernando Fontana crearon la fábrica de tanino fue polo de desarrollo local y atracción de contingentes italianos. Consideramos que esa fecha es un hito importante, pero no representa con exactitud la historicidad contenida en los relatos orales de los descendientes y escritos de historia sobre la localidad de Fontana. Ambos coinciden en afirmar que los Qom ya merodeaban y se situaban en este territorio con anterioridad a la llegada de los inmigrantes italianos, en las últimas décadas del siglo XIX. Recuerdan que la “mariscada”, o sea las salidas para cazar, recolectar o pescar, se hacía en los montes aledaños.

Las viviendas iniciales eran simples ranchos, adyacentes a las vías del ferrocarril General Belgrano que cruza la ciudad. Nuevamente los patios, ahora más reducidos que en los lotes rurales, concentraban las actividades sociales, o intimistas con los parientes, los niños y ancianos. La transmisión oral de leyendas, técnicas culinarias, artesanales, los saberes sobre plantas, animales, la esfera celeste o las novedades de la comunidad tenían este escenario amplio, dilatado y expresivo de la existencia de redes sociales.

Nilda Pelayo, descendiente del cacique fundador tiene 60 años, y en su memoria el espacio doméstico está estrechamente vinculado a una infancia contenida por prácticas familiares:

...los ranchitos estaban separados, pero estábamos todos juntos. Cocinábamos con leña, en el patio o debajo de un techito... Los días sábados nos reuníamos a comer todos juntos en una mesa larga hecha con madera de timbó. Había frutales y algarrobos en las casas. También pescábamos acá en el río, pero ya no se caza, no hay monte. (Entrevista realizada el 05/08/2016).

En tanto LE, de 35 años, recuerda que:

...cuando vivían en el campo los niños salían al monte con las ancianas para recolectar frutos, especialmente la algarroba⁵ y aprender sobre las propiedades curativas de los yuyos y

raíces. Todo lo que sé lo aprendí de mi abuela y hoy se lo enseño a mis hijos. Pero acá no hay monte, por eso cuando viajamos para el interior traemos yuyos. Ahora las casas son más chicas, los vecinos están cerca porque se hacen barrios, y viene gente de otro lado. Las mujeres Qom nos juntamos en el templo o en la escuela para hacer artesanías. (Entrevista realizada el 21/07/2016).

En este trayecto de residencia periurbana de familias indígenas, la intervención estatal fue de corte asistencialista coyuntural, los impactos más destacables provienen de la acción educativa que imparten las escuelas primarias y sanitaria de la Cruz Roja. El espacio doméstico comenzó a ser cercado por el espacio público y el trazado irregular de senderos entre viviendas. En los patios se acumulaban objetos en desuso (ollas rotas, ruedas de bicicletas, botellas, juguetes rotos) y los materiales en preparación para la confección de artesanías. Por ejemplo, secaderos de hojas de palmas y tortoras, pequeños hornos de ladrillos para la cocción de la cerámica. Tanto en Mapic como en este asentamiento, vimos que el espacio doméstico siguió la misma lógica de disposiciones y jerarquización del patio o lugar abierto destinado a la cocina, los juegos infantiles, las relaciones familiares y escenario para compartir relatos y enseñanzas.

El nuevo milenio trajo el impulso de políticas de inclusión social y desarrollo humano para las poblaciones indígenas, y las viviendas de material planificadas fueron las herramientas iniciales de implementación de las mismas. Así comenzó una nueva etapa para los asentamientos, ahora devenidos en verdaderos barrios, que significó importantes cambios sobre el espacio doméstico. Para la construcción de las nuevas unidades residenciales se requirió de mensuras, y éstas implicaron relocalizaciones de familias para poder hacer el trazado reticular de las manzanas y sus calles de acceso. Se instalaron los servicios básicos domiciliarios, y redujeron las dimensiones a lotes de 10 x 20 m.

Los ambientes cerrados y también los abiertos se modificaron, situación que demandó a los Qom una resignificación de las funciones y de sus comportamientos en ellos. Los retretes exteriores fueron reemplazados por baños interiores a la vivienda, los dormitorios de dimensiones limitadas no superan los 3 x 3 m, no hay galerías, ni espacios semicerrados. Las familias están separadas, y todos los ambientes tienen cerramientos con aberturas en clara manifestación de una privacidad no practicada en otros tiempos.

Una mujer Qom del Barrio Cacique Pelayo que reconoceremos como EG., expresó:

...antes del Barrio nuevo había más familia, nos visitábamos, las casas estaban juntas, no había muros, ni puertas. Todos nos conocíamos, era mejor. Ahora nos reunimos en el templo o en el salón comunitario los fines de semana. En el patio recibimos a los parientes, muchos siguen haciendo fogón, lavamos la ropa y juntamos las cosas que no usamos. Acá en la ciudad hay mucho desperdicio. (Entrevista realizada el 15/09/2016).

La valoración de mejor o peor calidad de vida está en relación con el impacto negativo que sienten en la sostenibilidad de las redes familiares. Y son las mujeres indígenas las que nos expresaron nostálgicamente cómo se afectaron algunas costumbres diarias, por ejemplo, la frecuencia de las visitas de vecinos y parientes. En este presente ya no hay espacio para la convivencia de la familia extensa, y esto implica una reorganización del sistema de reciprocidad y

ayuda mutua, especialmente en el cuidado de los niños y los ancianos. Perciben que el progreso material atenta contra la reproducción social y cultural del grupo, y por el contrario moviliza la individualización.

Ahora el espacio doméstico es el de la casa, como expresión material del reduccionismo colectivo que los amenaza. Al formar pareja, los hijos ya no pueden habitar en el mismo domicilio que sus padres porque las dimensiones del lote son reducidas, y no se resigna lo destinado a patio o lugar abierto porque este continúa siendo el sitio de reunión, de bienvenida para familiares y allegados, de los niños y los adultos alrededor del fogón y también el taller de armado de artesanías. En esta etapa la intervención estatal es destacada y se mediatiza en las instituciones públicas y étnicas responsables de las mensuras, registros dominiales y diseños estructurales. Las comunidades Qom interpelan esas mediaciones reclamando participación en los diseños y distribuciones espaciales, pero en esas negociaciones no siempre logran acuerdos satisfactorios. En sus trayectorias residenciales se entretrejen la historia hegemónica con sus marcos de poder y las capacidades culturales de la resistencia étnica, que no siempre logra imponer sus metas.

REFLEXIONES FINALES

Nuestra investigación se propuso analizar las transformaciones del espacio doméstico en el marco de procesos históricos y culturales de la etnia Qom de la provincia del Chaco, especialmente desde principios del siglo XX. Desde entonces estas comunidades fueron conminadas a un cambio cultural profundo de su ethos, donde la organización familiar y sus formas de residencia fueron los aspectos que más alteraron la vida cotidiana.

El otrora ámbito del monte fue reducido por la conquista territorial, la colonización y la urbanización. Debieron abandonar sus territorios, migrar hacia ingenios, obrajes, establecerse en reservas rurales y muchos optaron por los márgenes de las ciudades de la provincia del Chaco. Estas mudanzas marcaron etapas en las vidas de los Qom, y una forma de relatarlas es a través de los cambios en el espacio doméstico, de las prácticas cotidianas, de la memoria social sobre lo familiar. En las descripciones y análisis de los datos articulamos la dimensión étnica, el proceso migratorio y la intervención estatal para identificar trayectorias residenciales, con eje en el quehacer cotidiano. Y bajo una perspectiva antropológica intentamos reflexionar sobre las configuraciones y reconfiguraciones que estas poblaciones realizaron como expresión de una etnicidad que los convocaba a mostrarnos sus capacidades de adaptación.

Si bien las familias Qom que habitan los actuales barrios periurbanos no tienen la vivencia del nomadismo ancestral, ni de la caza, pesca y recolección primitivas, replican el relato y la añoranza del monte como continente de una identidad imaginada y revivida. Allí quedaron experiencias subjetivadas del poder de la naturaleza para dar vida, curar, matar o desafiar la condición humana.

En tanto avanzó la conquista y colonización, sus territorios se redujeron y apareció una nueva categoría de espacio, el que denominamos doméstico, vinculado a la casa, a lo familiar, a lo cotidiano. Para la cultura occidental, es un espacio que disputa en trascendencia con el espacio público, pero para los Qom, el espacio doméstico es el resguardo de sus redes sociales, de sus valores, de su lengua, sus creencias, no compite con el espacio público, son distintos. El espacio

público es intercultural, es el de la etnicidad, donde se expresan ante los otros, construidos por la diversidad. Es el del Estado, el del castellano, el de la política.

Respecto de la organización del espacio doméstico y su funcionalidad, para los Qom la vivienda no es el eje central de la vida cotidiana, tiene por el contrario el valor de casa-habitación, es decir el lugar para el descanso y el guardado de la ropa. Son los espacios abiertos o semicerrados donde confluyen las actividades colectivas con sus parientes y vecinos. Y prefieren las cocinas al aire libre, laterales a la vivienda o bajo galerías, donde las mujeres preparan el alimento, pero también se congrega la familia para compartirlo.

El Estado, en sus variadas jurisdicciones, intervino y aún lo hace como principal agente de cambio y agente legitimador de los modos residenciales que habitan las poblaciones indígenas. Por ello las políticas públicas que asumen la cuestión indígena, encierran una contradicción en tanto aspiran a ser inclusivas, pero sobre modalidades no participativas o restrictivas de las aspiraciones subjetivas y colectivas. Deseamos que nuestra investigación movilice nuevos interrogantes sobre el espacio doméstico en poblaciones indígenas, lo entrecruce con problemáticas de género, de salud, de educación infantil, y convoque a la interdisciplinariedad en un análisis crítico y reflexivo.

NOTAS

¹ Organismo público del Poder Ejecutivo provincial responsable de la aplicación de la Ley de Tierras Fiscales.

² Organismo público de jurisdicción Federal destinado a la promoción económica y social de las provincias argentinas.

³ Se denomina rancho a la vivienda rural, precaria con techo de paja o junto, sostenido por horcones y paredes de adobe.

⁴ En Argentina se denomina changa al trabajo informal, temporal y circunstancial para ganarse la vida.

⁵ Fruto del árbol del algarrobo, típico de la zona chaqueña, con forma de chaucha que consumían desde tiempos ancestrales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Alarcón García, E. (2010). Arqueología de las actividades de mantenimiento; un nuevo concepto en los estudios de las mujeres en el pasado. *Revista Arqueología y Territorio*, 7, 195-210. España: Universidad de Granada. Recuperado de: <https://www.ugr.es/~arqueologyterritorio/PDF7/EAlarcon.pdf>

Braunstein, J. (1983). *Algunos rasgos de la organización social de los indígenas del Gran Chaco*. Buenos Aires, Argentina: UBA-Instituto de Ciencias Antropológicas.

- Briones, C. (1998). *La alteridad del cuarto mundo. Una deconstrucción antropológica de la diferencia*. Buenos Aires, Argentina: Ediciones del Sol.
- Briones, C. y Siffredi, A. (1989). Discusión introductoria sobre los límites teóricos de lo étnico. *Cuadernos de Antropología*, 2(3), 5-24. Buenos Aires, Argentina: UNLu.
- Censabella, M. (2009). Denominaciones etnonímicas y toponímicas tobas: introducción a la problemática y análisis lingüístico. En Braunstein, J. y Messineo, C. (Dir.), *Hacia una nueva Carta Étnica del Gran Chaco VIII* (pp. 213-236). Buenos Aires, Argentina: Centro del Hombre Antiguo Chaqueño.
- Cordeu, E y Siffredi, A. (1971). *De la algarroba al algodón. Movimiento mesiánico de los Guaycurú*. Buenos Aires, Argentina: Ed. Juárez.
- DaMatta, R. (1997). *A casa & a rua: Espaço, cidadania, mulher e morte no Brasil*. Río de Janeiro, Brasil: Ed. Rocco Ltda.
- Di Virgilio, M. M. (2009). Trayectorias residenciales en el área Metropolitana de Buenos Aires, Argentina. Los componentes de la movilidad residencial. *Cuadernos IPPUR/UFRJ*, 23, 22-35. Rio de Janeiro, Brasil.
- Gómez, M. D (2010). Mujeres imaginadas: bestias de carga, esclavas, Amazonas y libertinas. Representaciones sobre las mujeres indígenas del Gran Chaco. En: *Actas Congreso Fazendo Género. Diasporas, Diversidades, Deslocamentos*. Brasil. Recuperado de: http://www.fg2010.wwc2017.eventos.dype.com.br/resources/anais/1278299047_ARQUIVO_Mujeresimaginadas_MarianaGomez_.pdf
- González Marcén, P., Picazo Gurina, M. y Montón Subías, S. (2005). Movilidad y vida cotidiana. La construcción del espacio doméstico en las comunidades de la prehistoria reciente del nordeste de Iberia. *Treballs d'Arqueologia*, 11, 135-161. Recuperado de: <https://ddd.uab.cat/record/5593>
- Gordillo, G. (2005). *Nosotros vamos a estar acá para siempre. Historias Tobas*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.
- Gordillo, G. (2006). *En el Gran Chaco. Antropologías e historias*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Prometeo.
- Guarino, G. B. (2006). Los tobas de la ciudad de Resistencia: el desafío de vivir en los márgenes. *Cuaderno Urbano*, 5, 35-55. Resistencia, Argentina: EUDENE.
- Guarino, G. B. (2009). Desde allá y para acá: entre el presente y la evocación de una colonia rural toba en la provincia del Chaco. *Revista Nordeste 2ª Época*, 29, 101-116. Resistencia, Argentina: Universidad Nacional del Nordeste, Facultad de Humanidades.
- Guarino, G. B. (2015). Territorialidades superpuestas: entre la lógica de gestión estatal y los mandatos sociales y culturales de las comunidades indígenas del Chaco (Argentina). *IDEA, Estudios avanzados*, 23, 46-63. Chile: Universidad de Santiago de Chile.
- Hermitte, E. (1995). *Estudio sobre la situación de los aborígenes de la provincia del Chaco*, tomo III. Misiones, Argentina: Editorial Universitaria.

Hirsch, S. (Coord.). (2008). *Mujeres Indígenas en la Argentina. Cuerpo, trabajo y poder*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.

Jelin, E. (1984). *Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada*. Buenos Aires, Argentina: CEDES.

Métraux, A. (1996). *Etnografía del Chaco*. Asunción, Paraguay: Ed. El Lector

Miller, E. (1979). *Los Tobas Argentinos. Armonía y disonancia en una sociedad*. México: Editorial Siglo XXI México.

Montón Subías, S. (2000). Las mujeres y su espacio: una historia de los espacios sin historia. *Arqueología espacial*, 22, 45-59. Revista del S.A.E.T. Teruel.

Palavecino, E. (1948). Áreas y capas culturales en el territorio argentino. *Anales de GÆA, Sociedad Argentina de Estudios Geográficos*, 8, 447-523.

Ringuelet, R. (1992). Etnicidad y clases sociales. En C. Hidalgo y L. Tamagno (Comp.) *Etnicidad e identidad* (pp. 121-142). Buenos Aires, Argentina: CEAL.

Soto Villagrán, P. (2003). Sobre género y espacio: una aproximación teórica. *Géneros*, 31, 83-93. México: Universidad de Comia.

Tamagno, L. E. (2001). *Los tobas en la casa del hombre blanco. Identidad, memoria y utopía*. La Plata, Argentina: Ediciones Al Margen.

Tola, F. (2010). Una revisión de los etnónimos de los Toba (Qom) del Chaco Argentino en función de la categoría de "Persona" y de la "Vida social". *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, 9, 167-181. Recuperado de: <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/publicar/article/view/1194>

Vázquez, H. (2000). *Procesos identitarios y exclusión sociocultural. La cuestión indígena en la Argentina*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Biblos.

FUENTES HISTÓRICAS ÉDITAS

Fontana, J.L. (1977 [1881]). *El Gran Chaco*. Buenos Aires, Ed. Solar-Hachette.

Jolís, J., s.j. (1972 [1789]). *Historia Natural del Gran Chaco*. Resistencia, UNNE.

Paucke, F., s.j. (1943) *Hacia allá y para acá. Una estadía entre los indios mocobíes, 1749-1767*, tomo II. Tucumán-Buenos Aires, Argentina: Universidad Nacional de Tucumán.

Memendi, J. E. (2010). *Recopilación de mapas de la provincia del chaco, y anexo de normas legislativas ambientales*. Resistencia, Argentina: Centro de Documentación e Información (CEDEI), Ministerio de Producción y Ambiente, Gobierno de la Provincia del Chaco. Recuperado de: <http://cedei.produccion.chaco.gov.ar/SIG/PUBLICACION%20N%201.pdf>

Niklison, E. (1990). *Los Tobas*. Jujuy, Argentina: Universidad Nacional de Jujuy.

Consejo Agrario Nacional. (1945). *El problema Indígena en la Argentina*. Secretaría de Trabajo y Previsión. Buenos Aires, Argentina.

LAS AUTORAS

Graciela B. Guarino

Es Profesora Superior en Historia, egresada de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste (UNNE), Diplomada Superior en Patrimonio Cultural Comunitario por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y estudios en la Maestría en Antropología Social de la Universidad Nacional de Misiones. Integra, como miembro de número, la Junta de Estudios Históricos de la provincia del Chaco, el Centro Interdisciplinario de Estudios de Género de la UNNE, y ejerce la Dirección del Instituto de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste. Se desempeña como Profesora Titular con dedicación exclusiva en la cátedra Antropología de las carreras de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste, y también en la carrera de Posgrado de Especialización en Historia Regional que se dicta en esa alta casa de estudios.

Ha integrado y dirigido proyectos de investigación sobre las poblaciones indígenas de la Región Nordeste y actualmente es Directora del equipo de investigación sobre el sitio arqueológico de Km.75 en la provincia del Chaco, antiguo asiento de la ciudad colonial de Concepción del Bermejo. Producto de estas tareas tiene numerosas ponencias en Congresos Nacionales e Internacionales, publicaciones de divulgación y capítulos de libros en autoría y coautoría.

Paola V. Barrios

Es Profesora Superior en Historia por la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste; Especialista en Antropología por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba; Magister en Metodología de la Investigación Científica, por la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste; Diplomada en Patrimonio Cultural Comunitario por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Es Docente en las carreras de Profesorado y Licenciatura en Historia; Licenciatura en Turismo y Licenciatura en Gestión y Desarrollo Cultural de la Universidad Nacional del Nordeste.

Su interés en los estudios antropológicos se ha centrado en el patrimonio cultural de la región del Iberá, Corrientes; y en las poblaciones indígenas del Chaco. Participó como investigadora en Proyectos como: “Programa Iberá + 10. La población y su territorio”; “Las Mujeres Indígenas en la Provincia del Chaco: del espacio doméstico al espacio público”; “El poder wichí y sus funciones en la sociedad multiétnica: Chaco Austral”. Actualmente es miembro del Equipo de Investigación en el Proyecto “El Sitio de Km 75 y el proceso de colonización del Chaco en el siglo XVI”. Ha realizado publicaciones vinculadas a los temas mencionados en revistas de divulgación científica, capítulos de libros, ponencias en congresos en autoría y co-autoría.